



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 10.085

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 12 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administracion

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 21

SÁBADO 15 DE JUNIO DE 1895

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cooro.—corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

ALAMBIGUES

Aparatos para alcoholos de 39 á 40°
Id. • aguardientes • 24 á 26°
Id. • anisados.
Alambigues aguardenteros con columna y boya de graduación, serpentín y depósito refrigerante.
Id. completos con baños maría, aros de bronce, serpentín y depósito.
Fabricación esmerada y precios muy económicos.
Prensas, azufradores, y cuanto conviene á la elaboración de vinos.
Camilo Pérez Lurbe.—Castellón 12.

COLABORACION INÉDITA.

¡Viva el Emperador!

(Episodio de 1809.)

I.

El pueblo dormía, no con ese sueño tranquilo del reposo y el bienestar, si no con el sopor que subsigue á las grandes catástrofes. No había más que tender la vista por donde quiera para convencerse de que allí acababa de posar su planta la guerra ¡la maldita guerra!

Un montón de ruinas, todavía humeante, eran muchas casas que habían ofrecido cómodo y desahogado asilo á generaciones enteras. Las mismas calles que menos habían padecido, mostraban aquí y allí paredes acribilladas á balazos, informes huecos que los proyectiles habían ensanchado á lo que debían ser simétricas ventanas, y profundas brechas, por las que se veían viviendas con muebles destrozados y las paredes salpicadas de repugnantes manchas de sangre.

Los dos edificios de que más se enorgullecían los vecinos, ya que no por completo inservibles, pedían reparos costosísimos y que por lo mismo sabe Dios cuando podrían hacerse. La Casa Ayuntamiento, no despreciable construcción de esa arquitectura un poco barroca de fines del siglo XVII, revelaba con sus recientes y mortales cicatrices haber sufrido un largo y obstinado asedio, y la hermosa torre de la iglesia, gallarda muestra del estilo mudéjar, con sus lucernas de ladrillos destrozadas, con los arquillos de sus estrechos ventanales ajimezados rotos en mil partes, decía á voces que en ella habían buscado su más sólida y quizá postrema defensa los mantenedores de la causa nacional.

Pero lo más horrible era el espectáculo que ofrecían las estrechas y mal alineadas vías. Verdaderos hacinamientos de muertos, entre los que se veían mezclados los uniformes de los soldados imperiales con los burdos calzones y las ásperas camisas de los serranos, se destacaban al fulgor de la luna—aquella noche, aunque á trechos oscurecida por las nubes en toda la fuerza del plenilunio—sobre charcos de sangre, cuyo hedor hacía lanzar lastimeros ahullidos á los perros vagabundos, que buscaban con que aplacar el hambre entre los despojos de aquella carnicería.

Y sin embargo, aunque ningún otro ruido se escuchaba en una población indudablemente por dentro abandonada, alguien debía haber quedado allí, cuando los franceses convencidos de la inutilidad de conservar tan penosa conquista, habían seguido su marcha sin dejar siquiera la impedimenta de heridos.

Para probarlo, bastaba ver que la bandera coronada por el águila, que más por baladronada que por otra cosa se había izado en la casa del Concejo, yacía al pié del balcón principal sustituida por la venerandísima enseña de los defensores del trono legítimo.

II.

Si en esto hubiera podido fijarse Pedro Renato Hibon, el sargento del 5.º de línea que con el brazo izquierdo atravesado de un balazo, hacía poco había conseguido librarse de la horrible presión del montón de cadáveres en que, privado del sentido, había caído, sabe Dios cuantas horas hacía, hubiera dado gracias al cielo, si es que aquellos descreídos gabachos sabían hacer otra cosa que jurar como condenados.

Por que el arrostrar el peligro de que le pegaran cuatro tiros, era preferible á seguir sufriendo la quemazón que sentía en la herida y sobre todo que soportar aquella devoradora sed producida por la alta fiebre que le abrasaba.

Por trances muy duros había pasado aquel veterano de las guerras de la República, que llevaba en su cuerpo cicatrices producidas por el plomo de los alemanes y de los austriacos; pero como aquel ninguno.

La prueba de ello, es que no la vida, la cruz que por su mano había colocado en su pecho el Emperador mismo la noche de Austerlitz, y los galones cosidos á su manga sobre los humeantes escombros de Zaragoza, hubiera dado por un jarro de agua.

Pero no había que pensar en ello. Con aquellas piernas que apenas podían sostenerle como empeñarse en buscar en medio de la noche su regimiento que probablemente estaría á legua y media ó dos leguas de allí? En aquel desierto ¿de quien esperar socorro y ayuda?

De haber conservado su fusil, posible es que un tiro hubiera acabado aquel horrible tormento; pero los fugitivos todo podrían haberlo olvidado, menos las armas que habían tenido el mayor cuidado de recoger.

El instinto de conservación y sobre todo aquella maldita sed, le obligaron, sin embargo, á intentar un esfuerzo supremo. Sosteniéndose en las paredes, teniendo que tomar descanso cada seis pasos, emprendió una caminata sin rumbo fijo, sin objeto determinado. Encontrar alguien ó algo que calmara aquella desazón insoportable era todo lo que se proponía.

Después de mas de una hora de fatiga, redoblada por la dificultad que le ofrecían en muchos sitios los hacinamientos de escombros y hasta de restos humanos tal vez palpi-

tantes aun, llegó á la plaza del Ayuntamiento que fué para él como llegar á la tierra de Promisión.

Hacia uno de los ángulos del irregular trapezoido que la constituía, atrajo el susurro de una fuente que vertía sus caños en una ancha pila destinada á abrevadero del ganado. A uno de ellos, al que llegó casi arrastrándose, tuvo pegados los secos labios muchos, muchos minutos.

Después lavó cuidadosamente su herida, la vendó como pudo con unos harapos sacados de la mochila y se sentó en la informe escalinata que por uno de los lados daba acceso á la fuente.

Tan aliviado se sintió con aquella doble operación, que ya por nada en el mundo hubiera dado aquella cruz cosida sólidamente al raído paño de su capote. Lejos de ello, con fuerzas se sentía para repetir cien veces sus hazañas de Austerlitz.

III.

En aquel momento la luna, que espesos nubarrones habían tenido oculta, asomando su pálida y redonda cara por un giron abierto por el viento en ellos, iluminó la plazoleta con una claridad casi diurna.

La Casa Ayuntamiento había padecido de un modo horrible. Sobre todo, el balcón botado, principal ornato de su fachada acribillada por todos lados por la metralla, solo parecía mantenerse en pié por un milagro de equilibrio.

Pero lo que fijó la atención del sargento Hibon, no fué aquello. La bandera española mal amarrada á los hierros, que los proyectiles habían retorcido caprichosamente, enseñoreándose sobre el águila, que le había guiado en cien combates, y que ahora yacía pisoteada entre el polvo, era un insulto hacia la inmarcesible gloria de aquel Emperador que le había condecorado sobre el campo de batalla, al gran ejército que era su sola, su adorada familia, lo único que él tenía por digno de respeto en la tierra y fuera de ella.

Con un vigor que hacia unos momentos ni sospechado hubiera, se lanzó hacia aquel símbolo querido, imprimió en él sus labios con el respetuoso amor con que se besa la reliquia santa, y la alzó con el brazo derecho.

El izquierdo le pendía rígido y pesado á lo largo del cuerpo; pero no importaba. Aferrando el asta con los dientes, le bastaba el derecho para encaramarse en el balcón y arrancar de él aquella bandera aborrecida para sustituirla por la que debía ondear no allí, sino sobre todo el orbe.

Y lo hizo, ¡vaya si lo hizo! Apesar de los agudos dolores que le producía el movimiento, trepó por las junturas de las piedras y llegó con la mano hasta el barandal del balcón. Pero allí le detuvo una visión horrible.

—Una vieja cubierta de harapos, horriblemente desgredada y mas semejante á engendro creado por la mas calenturienta de las pesadillas, que á ser humano y real, apareció en el balcón asiendo con la mano serpentosa el palo de la en-

seña nacional y escupiendo á la faz del sargento estas palabras:

—No la arrancarás, no. Mis hijos, mis nietos, todos los míos murieron haciéndoos morir el polvo por defender este guirapo regado con su sangre y yo no he de ser menos ¡Sube si te atreves!

El francés, sobrecogido un momento, sonrió con lástima y se dispuso á continuar su ascenso. Pero la vieja como si se sintiera reanimada por una fuerza sobrenatural, de tal modo zarandó el balcón, que á este se le vió vacilar sobre sus resentidos basamentos.

Hibon, solo tuvo tiempo de gritar con toda la fuerza de sus pulmones: ¡Viva el Emperador!

Media fachada del Ayuntamiento se vino al suelo sepultándole entre un alud de pedruscos.

La pobre vieja se hizo entre ellos cien pedazos el cráneo; pero su mano no soltó un momento la bandera, cuya asta clavándose al caer entre los escombros, dejó que el adorado giron de tela que representaba la patria, sigilora ondeando al viento en aquella noche de luna.

ANGEL R. CHAVES,
(Prohibida la reproducción.)

TIJERETAZOS

En el título del artículo de fondo del número de ayer nos saltaron los cajistas un onomástico que nos partió por medio.

El buen juicio de nuestros lectores comprendería que se trataba de fiestas onomásticas.

¡Oh la tiranía de las cajas!
Todo sea por Dios.

En campo abierto y sin testigos han reñido en Valencia dos chicos de diez y doce años.

Y uno de ellos ha resultado con una puñalada en una pierna.

¡Qué precocidad!
Tan jóvenes y ya han comenzado á labrarse el porvenir.

La compañía general de electricidad de Berlín ha empezado á ocuparse seriamente del interesante problema de la telegrafía sin hilo?

¡Quiera Dios que resuelva pronto el problema.

A ver si podemos poner la correspondencia telegráfica española al abrigo del viento y de la lluvia.

Pues sabido es que el cédro y la lluvia llevan siempre por el suelo los alambres.

Cuenta un periódico que en América hay un árbol que luce: el árbol de la luz, que diría yo.

Propongo una cosa al ayuntamiento.

Que se llame así ese árbol y dote de ellos á los barrios extramuros y á las diputaciones.

Luz más barata no la hay.

Ni siquiera necesita faroles que la defiendan.

En Barcelona un señor diputado ha querido pasar por donde las ordenanzas municipales no consenten.

Hombre ¡por Dios! Ser diputado no es tener carta blanca para hacer lo que se quiere.

Al contrario; parece que á medida que el hombre se eleva, debe ser más

respetuoso con los mandatos de la autoridad.

Hay que dar ejemplo á los de abajo.

Dice «El Serviola» de Barcelona que no faltan en aquel puerto emisarios de la insurrección cubana que reclutan capitanes y pilotos, haciéndoles ventajosas proposiciones á pretexto de servir en la marina de otras naciones americanas, pero en realidad para la causa separatista.

Pues á señalarlos con el dedo y á darles su merecido.

Estaría bien que en España se laborara como en Tampa y Cayo Hueso.

Duro con esos agentes y si alguno escapa que no le queden deseos de volver á España.

NOTAS

Nos ocupamos en esta misma sección, hace unos días, de la modesta clase de sargentos y emitimos nuestra opinión, exactamente con la sustentada por los periódicos «El Día» y «El Globo», respecto á que en las circunstancias actuales sería de buen efecto, á la vez que un acto de justicia, abrir las escalas de oficiales á los sargentos, premiando así los valiosos servicios que tan modesta clase está prestando en la campaña de Cuba.

La idea ha hecho camino, señal de que es buena, y al presente casi toda la prensa pide lo que pidieron al principio aquellos periódicos madrileños y lo que hemos pedido nosotros después.

Al mismo objeto publica «El Imparcial» recibido ayer un artículo, en lugar preferente, demostrando así la importancia que concede al asunto, el cual artículo nos ahorra el trabajo de buscar fundamentos á nuestra petición. Basta con los que el colega expone y para que los conozcan nuestros lectores lo copiamos á continuación.

Dice así:
«La cuestión del ascenso de los sargentos á oficiales por méritos de guerra está ya en la prensa, á la orden del día. Mas para alcanzar algún resultado positivo, necesita estar lo mismo en las Cortes.

Inició esta cuestión un periódico político militar: «El Reductor»; secundaronla acertada y calorosamente «El Globo» y «El Día», y después lo mismo el general Sánchez Bregua con su autoridad, que escritores de tanta nombradía como Cavia y Borell, han abogado por que se abra para el valiente soldado que da su sangre por la patria, una puerta que jamás hasta estos últimos tiempos le estuvo cerrada en nuestra nación.

Motivos de sentimiento, que nunca dejarán de ser poderosos en los pueblos de nuestra raza; razones apoyadas en la realidad, y no en la copia ó imitación de otros pueblos de muy buen estado social, sea cualquiera su militar grandeza; argumentos de sentido común y de alcance político han sido ya formulados con elocuencia y brillantez. Los medios necesarios para formar opinión y para moverla se han empleado con arie y con fortuna. Aunque el asunto estuviera menos dentro de lo que está en el ánimo de nuestro pueblo, pocas veces se habría hecho más pruriosa y sólida labor para llevarlo hasta allí.

La oportunidad constituye su primera recomendación. El espectáculo diario del pobre soldado lleno de amor y entusiasmo por la patria, marchando á defender el supremo interés de ésta contra las bajas traiciones de un ene-